

ciencia descubrir esta *verdad* sublime en medio de afanes y sinsabores, esta ley invariable de la naturaleza, este principio fecundo y fundamental de las ciencias experimentales, el cual está fuera de toda duda y al abrigo de toda objeción, sobre el que es inútil y hasta imposible presentar discusión alguna, porque la experiencia cotidiana al través de los siglos lo enseña y demuestra de un modo real y evidente ¿por qué buscar ni suponer *conflictos* entre esta misma ciencia y la Religión católica, en pequeñeces y nimiedades, en impru-



Parmentier.

dencias, tal vez, de los hombres, que están fuera de la órbita de la ciencia que tanto se invoca y son completamente ajenas á las doctrinas santas, sublimes y humanitarias del Catolicismo? *Sed omnia in mensura, et numero et pondera disposuiste.* Desde el momento que la ciencia, en su continuada lucha entre el espíritu y la materia, ha demostrado en el terreno práctico y experimental la verdad de aquella ley consignada en los libros sagrados, *no es ya posible conflicto alguno formal y serio con la Religión católica.* Abrigamos la esperanza de que el señor Draper como buen químico y fisiólogo será de nuestra misma opinión.

Y por cierto que esta ley fundamental de la química moderna no se hallará en los Vedas de los brahmanes, cuando el señor Jacolliot no la ha desenterrado para consignarla en su libro *La Biblia en la India.*

El materialismo y el positivismo científico, dígase lo que se quiera, han sucumbido una vez más ante la fuerza de la Religión revelada.

Las ciencias llamadas de la *razón pura* aspiraban como siempre á la supre-



Lavoisier.

macia, y casi llegaron á romper el estrecho lazo que ha debido existir entre la ciencia del alma, de las ideas y de Dios con el estudio de la naturaleza creada por su omnipotencia. La naturaleza representa los fenómenos y las formas, que reflejan la unidad perfecta y absoluta de Dios. La naturaleza por sí, no es otra cosa que el conjunto de todos los seres corpóreos, tal cual son, han sido ó serán, con sus diversas actividades, y las leyes invariables de estas mismas actividades creadas y comunicadas por una inteligencia infinita y eterna. Ciertos

filósofos pretendieron, al parecer, olvidar que la *ciencia primera* tiene por objeto principal dirigir por buen camino á todas las demás; y esta augusta misión se hace ilusoria desde el momento que falta la armonía entre ellas. Uno de sus primeros deberes es seguir paso á paso los progresos de las ciencias experimentales para utilizar sus fecundos resultados. Algunos naturalistas inspirados por la escuela positivista y unicista, temen el contacto de la metafísica, porque consideran que sus tendencias especulativas no pueden conciliarse con la ex-



Eulero.

periencia y la observación, y apoyados en estos erróneos principios, proscriben la psicología como un tejido de suposiciones gratuitas que carecen de pruebas evidentes y efectivas. Ambos extremos son perjudiciales, porque conducen á una lucha interminable. En el día no es posible negar á las ciencias exactas, físicas y naturales sus principios y sus leyes espiritualistas fundamentadas muchas de ellas en los conocimientos que presta la metafísica.

El materialismo, el positivismo unicista y aquellos que se titulan libre pensadores, pretenden dirigir á su manera la sociedad moderna, y sólo uti-

pias irrealizables ofrecen para mejorar la condición del hombre y el bienestar de nuestra turbulenta sociedad. Pero anonadados por la triste experiencia, perdidos ante los hechos inauditos que todos deploramos y abatidos por las lúgubres catástrofes que á cada paso se suceden, quieren que exista una distancia inmensa entre el materialismo de la ciencia y el materialismo de la vida. Subterfugio pobre, impropio de la sublimidad de la ciencia, y que se destruye examinando solamente las doctrinas disolventes que se propagan, y que tan funestas son en la época que atravesamos.



Franklin.

La filosofía idealista siempre verá con pesar que algunos de sus maestros hayan invadido el terreno experimental para desvirtuar sus mismos sistemas. Habrá poco más de medio siglo, que en la docta Alemania, Baader y Oker siguiendo las huellas de Schelling ó del método de *construcción à priori*, quisieron penetrar en el dominio de las ciencias naturales por medio de teorías fantásticas é ilusorias que recordaban los sistemas de Parménides, Pitágoras y Plotino. Estas hipótesis hallaron en Francia sus naturales representantes, y el abate F. Lamennais y Bautin tuvieron la peregrina idea de adaptar á las ciencias físicas, sin tener en cuenta su brillante estado de progreso, algunas de las extravagancias y excentricidades de Paracelso, Van-Helmont y Kronland.

Apenas la escuela del ilustre *padre* Kant, como le llaman sus adeptos de hoy, hubo demostrado que todo lo que se halla fuera de nosotros no tiene más que un valor relativo respecto de nosotros mismos y de las leyes de nuestra inteligencia; cuando á su manera hubo probado que legitimamente nada se puede afirmar acerca la realidad exterior, las ciencias físicas, exactas y naturales fueron consideradas por esta escuela, como un sistema de nociones metódicamente encadenadas; pero careciendo de objeto real, fuera del espíritu que las concibiera. Entonces se debió temer, que esta doctrina postergara y aún



Linneo.

destruyera el importante estudio de la observación y de la experiencia; pero no fué así, y los mismos sabios que tanto declamaban contra las ciencias naturales, se entregaron á su estudio como parte integrante del conocimiento del *yo*.

Atónitos los partidarios de Kant sobre la pendiente del escepticismo, donde bien á pesar suyo fueron impulsados por la voz augusta de la conciencia moral que había sustituido á la certeza del raciocinio, descendieron al abismo de la duda, á fin de encontrar un sendero expedito que les condujera á la certeza objetiva. Fichte (padre) creyó haber hallado tan ansiado camino demostrando que el *yo* existe por sí, que está basado en sí, y dentro de él se halla el *no-yo*

cuando se niega á sí *propio*; de modo que la ciencia del *yo* y de sus actos constituye la ciencia universal. Nótese desde luego que semejante dogmatismo negativo parece ser más perjudicial en el estudio de la naturaleza, que el ideal escepticismo de Kant. Si en la ilustrada Alemania no se hubiese levantado otra escuela filosófica, es innegable que las ciencias naturales para tener vida propia habrían roto abiertamente con la filosofía idealista contemporánea.

El señor de Schelling para ocultar este panteísmo subjetivo, para oscurecer esta apoteosis del *yo* único y solitario, entroniza el panteísmo objetivo de



Berthollet.

la *Filosofía de la naturaleza*. Este distinguido filósofo enseña que sobre el *yo* individual, la intuición inmediata revela el *yo* absoluto, del cual cada *yo* representa una limitación, en una palabra, el *yo* absoluto es la identidad del subjetivo y objetivo, del pensamiento y de la extensión. De aquí deduce, que la filosofía elevándose á la intuición inmediata de lo absoluto, puede y debe construir *à priori* el sistema de las manifestaciones de ese absoluto cuya expresión representa la enciclopedia de la ciencia.

Hegel para contestar al método de su maestro busca una fórmula adecuada,

dando un valor lógico al *sistema de la identidad*. Según este distinguido autor no es sólo en lo absoluto donde se unen é identifican los adversarios, sino que lo hacen en todos los grados de su *sér*: así es, dice, que el pensamiento es igual al *sér*, y su desarrollo representa la evolución de la *idea*, que procede siempre por *tesis*, *antítesis* y *síntesis*, como si dijéramos, por *afirmación*, *contradicción* y *solución*. Las leyes de esta evolución se conocen por la inteligencia, que es idéntica á la inteligencia absoluta, la cual percibe las determinaciones de la *idea*, y constituye la lógica de donde emana la ciencia univer-



Tournefort.

sal. Hace más de cinco siglos que Duns Escoto había dicho ya que todo conocimiento viene de la lógica.

Mucho se puede decir acerca del *yo* humano. No es, á la verdad, el alma racional la que única y exclusivamente constituye el *yo*. Este *yo* representa la persona completa, la *sustancia completa* que corresponde á el alma y al cuerpo unidos por su misma naturaleza, es decir, unidos hipostáticamente; los cuales, por sí y separados, serían incompletos é incapaces de formar la personalidad humana.

No sin razón el ilustre D. Jaime Balmes calificó de pensadores vulgares á

los autores de esa fraseología indigesta y jactanciosa, que como dijo más tarde Schopenhauer no eran más que juegos de palabras sin sentido, pensamientos pobres y mezquinos ataviados con lujosas expresiones.

En cambio el señor O. F. Crupp ha sostenido que la filosofía idealista ha sido siempre perjudicial á la ciencia, añadiendo que las escuelas de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, han servido de estorbo para el progreso de las ciencias y las artes. Estos son los contrastes de los sabios. El mundo moderno, en general, se lanza frenético por el campo de lo tangible, el positivista siglo



Vanquelin.

en que vivimos busca en demasía las sensaciones placenteras, sacrifica á veces una fortuna para oír unos gorgoritos que se pierden en el aire, desdénando con soberbia cuantas aptitudes provienen del espíritu. Para algunos este será el mundo á la moda; pero preciso es convenir, después de haber estudiado el corazón humano y las necesidades del *yo*, que para alcanzar la felicidad y bienestar de los pueblos necesitamos, además de las bellas artes y las bellas letras, esto es, de todas las grandes concepciones del genio y aun de la fantasía, de los adelantos de las ciencias experimentales y sus inmediatas aplicaciones á la

industria, al comercio y á las artes manufactureras de modo que sean perfectamente compatibles Newton, Lavoisier, Monge, Laplace, Foulton, Wat, Liebig, Lyell, Breguet, D'Orbigny, Dumás, Berzelius, Mors, Bernard ó Comte, con Santa Teresa, Fr. Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Rafael, Velázquez, Miguel Angel, Fenelón, Calderón de la Barca, Camoéns, Schiller, Cervantes, Bossuet, Kant, Canova, Berruguete, Mozart, Byron, Rossini, Chateaubriand, Balmes, ó Donoso Cortés.

Para concluir este bosquejo sobre la evolución científica en el pasado siglo y una buena parte del actual, añadiremos que la medicina había también se-



Galvani.

guido el impulso general de la ciencia, y la escuela vitalista de Montpellier adquiriría por de pronto muchos prosélitos. Hofmann entronizó la teoría *mecánico dinámica*, hija de la filosofía de Leibnitz, que equipara las fuerzas de la materia con las intelectuales. Bagliri presentó el *solidismo*, hasta que Haller concluyó con el mecanismo de Boheraave, aceptando la *irritabilidad* de la fibra, que obra con absoluta independencia de los espíritus. Cullen combina la irritabilidad con la dinámica, Bichat sienta las bases de la doctrina fisiológica, Bordeu añade nuevos materiales á esta escuela y acepta que los fundamentos de la vitalidad están en el organismo, y Barthez, en fin, entroniza de nuevo el *principio vital*, sobre el que habían hablado sus predecesores.

En medio de estos sistemas y teorías Mesmer proclamaba el magnetismo animal y recibía los aplausos de la multitud, y Gall fundaba la frenología, considerando el cerebro como un conjunto de órganos. El mesmerismo y la frenología y craneoscopia fueron presa del charlatanismo; pero se sujetaron después á la concienzuda observación para fallar de su importancia real en bien de la humanidad. Desde luego nos parece que la craneoscopia se mira con cierto desdén, considerando estos estudios como la psicología del positivismo. Empero, los progresos que en nuestros días han hecho la anatomía y la fisiología han



Fourcroy.

demostrado que no es posible localizar las facultades psíquicas en los diferentes órganos de que consta el cerebro, con otras anomalías y aberraciones que no son de este lugar y que tampoco favorecen esta clase de estudios. También ha merecido llamar la atención del público el *hipnotismo*. Casi en nuestros días han nacido la homeopatía de Hannemán, la hidroterapia de Priessnitz, y muy reciente la dosimetría del doctor Burggraeve.

El siglo XVIII debió ser materialista por necesidad; en él sólo se habló de derechos, así como en el anterior hicieron mucho ruido los deberes. Las creen-

cias religiosas estaban amortiguadas y se carecía de fe; la metafísica exagerando sus hipótesis conducía naturalmente á la *duda* que jamás debió mitigar las creencias; y las ciencias exactas, físicas y naturales cimentadas en la realidad objetiva halagaban los sentidos y presentaban al parecer, la certeza con toda su integridad, porque se creyó que representaban la encarnación viva de las leyes establecidas por Dios sobre la materia.

Los extravíos de la secta comunista, que antes había tomado otro nombre; las extravagancias de los socialistas que les siguieron; los impúdicos desenfrenos de Warville, precursor de Proudhón; las locuras materialistas de Mirabeau, Robespierre, Dantón y Marat en plena revolución, vinieron á condensarse después de sangrientos y horrorosos episodios en el comunismo místico y religioso de Saint-Just ó en el anárquico y ateo de los herbetistas; y Babeuf y sus secuaces profesaron la igualdad con el comunismo. El entendimiento humano después de tantos delirios, tantas aberraciones, tanta sangre derramada, tantas monstruosidades coronadas con el mayor de los absurdos proclamados por Proudhón, ha venido al fin á buscar el augusto manto de la Religión Católica para rehacerse de sus infortunios.

Este socialismo ha cedido el campo en el siglo XIX á otro más atrevido, si cabe, pero más trascendental, apoyado en aspiraciones filosóficas y sostenido por los Marx, Wagner, Cosumano, Schopenhauer y otros pensadores modernos. Estos nuevos socialistas son hostiles al Catolicismo; es más, son refractarios á toda religión positiva, y dirigen sus envenenados dardos á la Iglesia de Jesucristo á la que ridiculizan con audaz atrevimiento.

Desgraciadamente este materialismo, este nihilismo, ha penetrado en nuestra sociedad industrial y agrícola, despertando también en las clases obreras ideas destructoras que han venido á inocular de nuevo el virus maléfico en el seno de la familia y han arrastrado á los hombres honrados y laboriosos á la desesperación, á la incredulidad y á una inevitable ruína. Toda la agudeza de estos desventurados apóstoles, toda la sutileza de sus falsos raciocinios, toda su audacia encubierta con la máscara de una libertad ficticia y licenciosa y de unos derechos y deberes que proclaman para sí sin concedérselos á los demás, sólo ha servido para querer monopolizar á su antojo el Estado, el pueblo, la tierra, la familia, la sociedad, la educación, el capital, el trabajo y hasta el sentimiento religioso.

Ahora mismo repiten los ateos las preguntas de siempre. ¿Quién es Dios? ¿Qué es el alma? ¿De dónde ha provenido el mundo que habitamos? ¿Qué origen tuvo el Universo? ¿Existe criterio para la verdad?... Esto mismo recuerda el señor Draper en su libro *Historia de los conflictos*. Esto mismo repiten los fautores del *colectivismo* en sus congresos, en sus folletos y en sus periódicos.

Las soluciones dadas á estos problemas desde la infancia de la humanidad, y, en particular, desde el comienzo del Cristianismo, han sido siempre las mismas; y á pesar de lo que el materialismo y el positivismo llaman *ciencia moderna*, á pesar de los adelantos de la experimentación y de los progresos de la biología y de la morfología, es preciso buscar en los estudios sobre el pen-



Beaumur.

samiento puro, sino una solución perfecta, al menos una fórmula consoladora que ilumine y aclare tan tenebroso camino. Compadecemos á todos aquellos que voluntariamente renuncian á las creencias que no se oponen á los goces de una vida honrada y laboriosa, ni mucho menos á los adelantos de la ciencia ni al derecho de reunión.

Estos apóstoles del desorden y de la incredulidad en sus frenéticas lucubra-

ciones pretenden que prevalezcan por la fuerza ciertos dogmas exagerados, ciertos principios extremos que halagan el oído y acarician las pasiones humanas, haciendo que la moral y la fe católica se perviertan al influjo de las predicaciones positivistas y federalistas. La fe católica representa la unidad del dogma; empero, si la historia recuerda marcadas formas de gobierno que existieron en lejanos tiempos, ó que pueden permanecer hoy si el trabajo y la honradez sirven de guía á los hombres, y son la norma del ciudadano, también enseña que aquellas instituciones políticas desaparecieron por insuficientes para el bienestar de las naciones, cuando faltos los pueblos de virtudes cívicas y domésticas se entregan á la holganza, al desorden y á la crápula; llenando, algunas veces, á la humanidad de baldón ó ignominia ó anegándola en lagos de sangre.

Hoy día se presenta por Draper como un ejemplo digno de imitarse, la República de los Estados-Unidos de América; república reciente, establecida en país virgen, con una extensión de territorio incalculable para que lo utilicen los más atrevidos ó afortunados, sin ninguna clase de intereses históricos, cruzado por multitud de ríos navegables; república eminentemente mercantil y agrícola, especuladora por necesidad y como tal *librecambista*, con las otras naciones; república exuberante de riqueza, con sobrantes de gran consideración en todos sus productos que le conviene colocar, por cuya razón proclama y sostiene las ventajas del librecambio que sólo ella tiene que utilizar contra los intereses de las naciones europeas; república, decimos, donde se cobijan los descontentos de todos los pueblos y países, con lo cual aumenta la población y se manifiesta á la humanidad desinteresada y filántropa; y sin embargo, y á pesar de tantas ventajas y prosperidades, ha sufrido y sufre todos los días trastornos y sacudimientos profundos, que procuran desvanecer y aminorar los aristócratas del dinero, los grandes capitalistas, los cuales temen perder ó menoscabar sus inmensas fortunas.

Sí; recorred, estudiad, comparad ese pueblo industrial y manufacturero que con tan vivos colores y filial cariño, os describe el distinguido profesor de Nueva-York, con otro cualquiera de nuestra vieja Europa. Allí veréis toda una generación encerrada en los talleres ó viviendo á grandes profundidades de la superficie de la tierra; la abeja y el castor trabajando noche y día, para que los señores del moderno feudalismo desechen el mal humor recostados muellemente en cómodos y lujosos carruajes; allí está el criticismo utilitario, el egoísmo especulador y el individualismo absorbente que transforma al sabio en capitalista, al artista en fabricante y al fundador de hospitales y casas benéficas en constructor de hipódromos, circo y teatros. El hombre en esta región que llaman afortunada, al terminar el siglo XIX, no es aquella inteligen-

cia caída, en lucha incesante con los órganos y que la Escritura sagrada representa como una *lid entre la carne y el espíritu*, sino que olvidando la misión que viene ejerciendo la Iglesia cristiana, sólo busca deslumbradores palacios, ricas alfombras, terciopelos, sederías, bronce, plata, oro, esmeraldas, perlas, zafiros, rubíes y diamantes para insultar á sus hermanos con tantas y tan resplandecientes riquezas, mientras la multitud trabajadora está hacinada en medio de la hediondez, de la corrupción y del vértigo... Ahí está la República



modelo presentada en bosquejo; en ella difunde sus doctrinas materialistas el profesor de Nueva York, el doctor Draper; pero en medio de su fausto y de su opulencia, presenta el espectáculo más triste y desconsolador del mundo de la materia y de la corrupción.

Cuando vemos á los utopistas declamar á favor de la alianza universal de todos los pueblos, cuando oímos anatematizar los ejércitos permanentes y anular las nacionalidades, parécenos todo ello delirios de exaltadas ó enfermizas imaginaciones. La guerra, por desgracia, es casi una ley imperiosa de la natura-

leza humana, los ejércitos una necesidad fatal de los pueblos y del progreso en que vivimos, sea cual fuere su forma de gobierno, y aun del comercio y de la riqueza nacional. El trabajo está santificado por Dios; pero la experiencia enseña que la agricultura por sí no puede labrar la felicidad de un Estado, y mucho menos dominando una ilustración materializada. Desgraciado el país donde sólo floreciera única y exclusivamente la agricultura; esta comarca á pesar de tener la primera materia y la base de la alimentación, sería pobre, miserable y ni pensaría más que en lo material; la civilización, ahorrada por los caciques, se hallaría constantemente en la infancia, sin experimentar adelanto ni progreso alguno. Cuando en un país hay sobra de braceros sus habitantes se degradan y envilecen, y si les falta además el cultivo de las facultades de su inteligencia, entonces embrutécense y buscan el ansiado sustento, para satisfacer la imperiosa necesidad del hambre, en los grandes centros de población donde en vez de hallar caridad sólo encuentran filantropía.

«Toda idea ó principio, dice un autor contemporáneo (que como tenemos indicado no es sospechoso para los materialistas ni afecto á la Iglesia católica), cuyas tendencias conduzcan al individualismo, es altamente perjudicial, porque engendra la anarquía y el aislamiento que sirven de base fundamental al egoísmo. Por esto algunos filósofos miran con prevención y rechazan el protestantismo; pues que condensando la Religión á un sentimiento individual, destruye el santo vínculo que une á la humanidad y mata la idea de fraternidad. La formación de los estados independientes es obra de Dios, que por medio de Jesucristo destruyó la opresión, la tiranía y la esclavitud que traía en pos de sí el socialismo moderno.» (F. Laurent.)

Hace muchos años, y aun siglos, que han desaparecido los privilegios odiosos, las franquicias y las prerogativas injustas; los últimos restos del feudalismo dejaron de existir con la revolución francesa que elevó la clase media á los primeros puestos del Estado, de la magistratura y del ejército; las constituciones políticas de todos los pueblos tienden al progreso civilizador, y las leyes que de ellas emanan establecen la igualdad de derechos y deberes. ¿Qué más se quiere? Dígase con franqueza: ¿se pretende acaso patrocinar la internacional ó el nihilismo, ó el colectivismo, cuyos solos nombres horripilan á todos los ciudadanos sin distinción de creencias religiosas, posición social y matiz político? Los principales socialistas, los internacionales más furibundos, los comunistas más obcecados, los nihilistas más sanguinarios, los anarquistas más exigentes, sacrifican su vida en holocausto de una idea, mientras que sus jefes guardan sus riquezas y muchos hacen alarde de un lujo y vanidad, que por cierto forma contraste con la mísera condición de sus hermanos. Esto nos recuerda que en cierta ocasión preguntábamos al señor E. Sue nos dijera qué

parte había repartido á los obreros y jóvenes desgraciadas de los muchos miles de pesetas que le habían producido sus populares novelas y sobre todo *Los Misterios de París* y *El Judío errante*.

En las grandes ciudades, en los distritos manufactureros y en muchas comarcas agrícolas ya conocen por una triste experiencia lo que pueden esperar de tan descabelladas predicaciones, y nosotros no titubeamos en consignar en este libro, que no ha habido *ni un solo autor* que haya dejado el producto de sus obras ó publicaciones socialistas ó comunistas en beneficio del pobre y



Gay-Lussac.

honrado obrero que ve á sus hijos hambrientos, mientras sus jefes y muchos correligionarios nadan en la abundancia y se ahogan en lo supérfluo. Después de los repetidos pujilatos que desgraciadamente hemos presenciado, después de los trastornos que tantas víctimas han producido, después de los horrores del incendio y el asesinato, los obreros juiciosos, los obreros ilustrados, los obreros que tienen moralidad y son amantes de su dignidad y buenos padres de familia, aquellos que aman el trabajo prudencial y cumplen con los deberes que les impone la verdadera civilización, los que saben que antes de exigir el de-

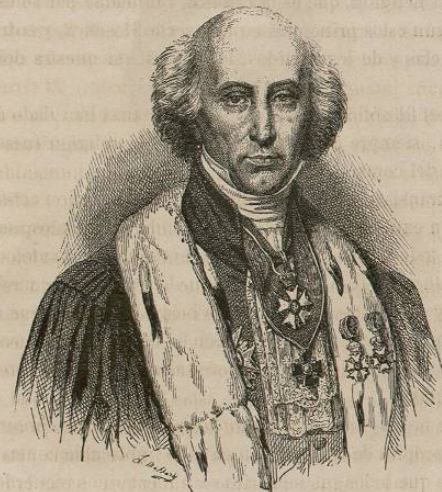


recho al trabajo hay que reconocer el *deber* de trabajar, los que en su buen criterio comprenden que el trabajo no consiste sólo en el uso y aplicación de la fuerza muscular, sino que hay trabajo de inteligencia; los obreros, decimos, que están convencidos de que el trabajo material por sí nada significa ni representa sino está asociado al capital y á la inteligencia, que son los tres factores del gran problema de la sociedad presente, los obreros, en fin, que al reclamar sus derechos de asociación, saben respetar estos mismos derechos en otros que no quieren asociarse por iguales motivos que ellos se asocian, han rechazado con todas sus fuerzas aquellos sangrientos trastornos y repugnantes pujilatos y crueldades... Hoy día no hay una sola persona que se precie de sensata que no anatematice los asesinatos, los incendios y crueldades del nihilismo. Ahora mismo que estamos corrigiendo este manuscrito (14 de Marzo de 1881) acaban de asesinar al emperador de Rusia Alejandro II. La prensa del mundo todo, protesta de tamaño infamia, y de tan horroroso crimen... Al terminar el pasado siglo la escuela llamada *filosófica* había abierto el debate, y la sociedad vió confundidos todos sus intereses en medio de una lucha sangrienta y destructora. Del seno de aquella revolución gigante que anegó á la humanidad en lagos de sangre é hizo temblar todos los tronos de la vieja Europa, salió el afortunado dictador que colocado frente á frente de las antiguas monarquías, supo dictar leyes para encadenar al pueblo al carro triunfante de sus victoriosas huestes. Entonces el mundo presenció el sangriento contraste de un rey por derecho divino que sube al cadalso, al paso que es condenado al ostracismo otro soberano por derecho popular á los pocos días de su brillante apoteosis.

Las leyes del mundo físico, han sido creadas por la *presciencia* divina. Dios autor y conservador de la existencia de estas leyes que rigen al Universo todo, es la causa primera de las causas segundas; es la Providencia activa que abraza y condensa el todo lo mismo que los detalles; providencia paternal y bienhechora, siempre justa, siempre presente y cuidadosa, hácia la cual se eleva la oración en virtud de un instinto común á todos los pueblos, esencial á la naturaleza humana y que en las grandes emociones del alma se manifiesta con entusiasmo inefable como don que debemos á la benevolencia de Dios, aun en aquellos que por un momento pudieron separarse de la fe religioso católica.

La humanidad está iluminada por la *verdad eterna*, inspiradora de sentimientos generales á todos los pueblos, cualquiera que sea su estado de civilización. ¡Ah! Nosotros diremos también con el filósofo cristiano, «la Omnipotencia de Dios supo sacar el mundo del caos, los seres de la nada, el tiempo de la eternidad, el espacio de la inmensidad, la luz de la palabra, de su voluntad suprema el orden y de su espíritu el alma inmaculada del hombre justo é inocente.» (El presbítero Sr. D. José Ortiz y Jové).

Cualquiera que sea el punto de vista bajo el cual se consideren las leyes físicas y naturales, ya como emanadas de la voluntad de Dios, ya como producto de su propia esencia, llegamos á su conocimiento valiéndonos del raciocinio deductivo. Las causas finales y generales no comprometen la estabilidad de las leyes de la naturaleza, que son finitas, y la metafísica ilumina los tenebrosos antros del empirismo que la inducción incompleta no pudo aclarar. La *teología immanente* de los partidarios de la identidad absoluta que aleja de sí las causas finales y las mira con desdén, está asimismo en oposición con la naturaleza, que siempre pasa de lo conocido á lo desconocido, siguiendo los



Orfila.

preceptos invariables y el orden primitivo que el Creador estableció para el mundo físico. Cuanto más estudiemos las leyes invariables de la creación, bien sea en los cuerpos cósmicos que giran en el espacio inconmensurable, ó en los diminutos átomos de la materia ponderable, siempre descubriremos el sello sagrado de una Providencia sabia, eterna, suprema, immanente, principio y fin de todo lo creado.

Si la docta Alemania impulsada, quizá, por una filosofía ambiciosa quiso explicarlo todo durante los primeros lustros del presente siglo valiéndose de la metafísica, en cambio la que corresponde á este último tercio lo enseña por

teorías materialistas y positivistas ó unicistas, basadas en las ciencias experimentales y de observación. La patria de Kant, ha dicho un escritor moderno y nosotros lo hemos apuntado antes, es la tierra de promisión para las teorías.

Con efecto, la moderna escuela de Krause, enaltecida y generalizada por sus discípulos señores Ahrens, Sanz del Río y Tiberghien, ha presentado una teología filosófica que viene á turbar la paz de los católicos de corazón.

Ya un profundo filósofo de esta comunión, el señor Scheiermacher, había dicho «que la religión considerada á su manera, es un sentimiento, una intuición que se halla dentro del corazón humano, en su conciencia y en su propio sér, y comprende la idea de lo infinito y de lo eterno.»

La verdadera Religión, que es la católica, inmutable por su esencia divina, se convierte según estos principios en una secta filosófica, y entra en el palenque de las escuelas y de los partidos, lo cual es, en nuestra opinión, un absurdo.

Las corrientes filosóficas de las escuelas alemanas han dado á conocer distintas teodiceas, siempre con el objeto de que la religión fuese considerada como intuición del corazón humano.

La escuela krausista, que tanto influye en la civilización actual, sobre todo en España, es en extremo positivista, aun cuando sus adeptos aseguren lo contrario, y relega todo lo que se refiere á la Revelación y cuanto concierne á los hechos sobrenaturales. Para ella todo se puede explicar por medio de la ciencia y la razón, y elevándose gradualmente busca lo infinito, que es la causa de todo lo existente; á esta última concepción le llama Dios. En cambio otra escuela, la positivista, ó unicista, no quiere infinitos. He aquí probada la falsedad de estas sectas.

Para Krause no hay más que *filosofía*, y la caída, la armonía y la redención son actos propios de la razón; en su odio implacable contra la Iglesia católica, pretende que todos sus misterios sean mezquinos recuerdos y mistificaciones del paganismo griego. Si en ello hay algo de verdadero ó verosímil, no vemos daño ni perjuicio alguno, como dijo San Clemente de Alejandría. El imperativo *categorico* de esta escuela, da origen á una moral ficticia en la que se obra el bien por el bien. Nos ocuparemos otra vez de esta concepción filosófica, puesto que en España ha sido la que más discípulos tiene entre la actual generación.

Toda esta doctrina anticatólica, que forma las delicias de muchos pensadores modernos, y que nos recuerda el señor Draper, es á la verdad muy antigua, pues fué ya examinada por San Pablo y San Agustín y por otros filósofos cristianos; pero hoy se ha inoculado paulatinamente hasta el fondo de nuestras propias familias y hace sin cesar marcados progresos; tortura el sentimiento

católico y aspira á cambiar la faz de nuestros hábitos, costumbres y tradiciones. El panteísmo conduce á una religión sin culto, que solo pretende desear á Dios y á su soberana perfección, amar y santificar la naturaleza, sin idea alguna de Revelación y admitiendo solamente la inspiración. El krausismo es un elemento destructor del orden social, en nada favorece la ciencia y en sus extravagancias y erróneas deducciones turba la paz de los hombres y les precipita en el abismo de su eterna perdición. Schopenhauer y su discípulo Hartmán



Thenard.

son moralistas metafísicos cuyas doctrinas socialistas conducen al pesimismo, si bien siguiendo caminos distintos. Místicos que no creen en Dios, y sin embargo, todos sus sistemas están basados en principios *à priori*. Sobre estas doctrinas haremos todavía algunas reflexiones.

Otra escuela que ostenta con arrogancia el doble carácter de filosófica y religiosa, ha pretendido también dirigir en nuestros días á la humanidad por senderos sembrados de abrojos, trazados por un materialismo intransigente y encubiertos por un misticismo hipócrita; escuela que quiere tener su apoyo en

los fenómenos de la naturaleza, que constituyen los estudios de las ciencias exactas, físicas y naturales.

Esta nueva filosofía religiosa, material y tangible, es la que forma el *positivismo*, cuyo primer iniciador fué, sin duda alguna, el Gran Canciller de Inglaterra al dar á conocer el método inductivo, presentado de nuevo por su incansable apóstol el señor Augusto Comte bajo la forma de escuela, y difundido en Francia por sus discípulos más entusiastas, con especialidad por el señor Littré, que hace poco bajó al sepulcro. (Junio 1881).

El moderno positivismo ha visto levantarse á su alrededor como aterradoras fantasmas, distintas sectas, que si bien todas ellas tienen por fundamento un materialismo furibundo, han tomado diferentes rumbos y opuestas direcciones.

El principio fundamental de Aristóteles, la escuela inductiva de Bacon y de Vinci y las doctrinas de Gall, Spurzheim y Broussais les han suministrado abundantes materiales. Augusto Comte quiso regenerar á la humanidad, y en sus delirios inventó una religión falsa, que llamó universal y del porvenir, á la cual dió el nombre de *religión positiva*.

La religión ó mejor la secta positiva, es atea, materialista y sensualista.

La humanidad y cuanto corresponde al mundo de las ideas ha de pasar por los tres periodos teológico, metafísico y científico ó positivista. Robinet, Constant Rebeque, Buckle, Draper, Bagheot, Stuart Mill, Hebert-Spencer, Bain, Grote, y Littré, son los maestros que difunden estas engañosas doctrinas combatiendo muchas veces á los discípulos de Krause; pero siempre sembrando el error y el desconuelo en nuestra trastornada sociedad.

En esta escuela positivista nada hay que sea sobrenatural ni abstracto. No más filosofía especulativa, ha proclamado el señor Krup, ante la docta Alemania. Dios para estos desgraciados, no es otra cosa que una figura teológica ó metafísica, que para nada sirve en el día; Él no ha creado al hombre, dicen, en cambio el hombre ha creado á Dios. El alma humana para ellos, es el conjunto de las facultades morales, intelectuales y prácticas que caracterizan á cada uno de los servidores del linaje humano.

El positivismo,—que ahora no hacemos más que indicar,—no quiere ser demócrata, aborrece los banquetes democráticos, rechaza el sufragio universal y mira con horror las revoluciones políticas. El dominio del espíritu fundado en el amor á la verdad, es uno de sus dogmas fundamentales, y sin embargo, turba, conmueve y agita la conciencia para aniquilar la familia y la sociedad.

La escuela positivista, cualquiera que sea la forma ó modificación que haya experimentado por un determinado autor, lleva en el fondo, según sus adeptos, la moralidad y exacto criterio de todos sus actos. Á nosotros nos pa-

rece que carece de las condiciones de sociabilidad de que tanto alardea, y que su objeto es destruir lo existente con apariencias de humanidad y con hipocresía.

No son la sociología del maestro desarrollada después por Bagheot, ni el nuevo giro que le diera Buckle y H. Spencer, ni el electricismo de Draper, ni la autoridad de Meine, ni el entusiasmo exagerado de Littré, quienes podrán imprimir al positivismo la marcha reguladora que debe conducir á la sociedad al progreso intelectual, político y moral de los tiempos que atravesamos. Negando el positivismo toda idea teológica y metafísica destruye las creencias religiosas y sociales de los pueblos, para imponerles preceptos y dogmas materialistas que



Volney.

halagan los sentidos, aniquilan la sublimidad del pensamiento y patrocinan un individualismo egoísta y corruptor; dando á sus creencias una preeminencia exclusiva, enseña la doctrina empírica sujeta á principios, que aun cuando los llama inmutables, son hijos de una hipótesis ó teoría más ó menos cierta que podrá admitirse condicionalmente para explicar determinados fenómenos naturales en un momento dado, pero que no enseña su origen ni su causa eficiente; reclamando los derechos políticos para la mujer, transforma á esta mitad del linaje humano, destinada por Dios á ser el ángel tutelar del hogar doméstico, el consuelo de la familia y el dulce lazo de la honestidad y de un amor sublime, santo é ideal, convirtiéndola en un mónstruo abominable de travesura,